

VIVIR EN EL RECUERDO

Un relato de Ignacio PAJÓN LEYRA

(extraído de su libro *Tempus Fugit*, Ed. Antígona, 2008)

Es mediodía en la ciudad criolla. El rico lee el periódico en su terraza y los extranjeros empuñan sus cámaras a la caza de la arquitectura colonial. Mientras, el indio camina bajo un sol que quita el aire con el almuerzo que le aguarda en casa como único pensamiento. La calma se apodera del país en esta hora, y no lo libera hasta pasado el tiempo de la siesta. Las piedras se achicharran; el aire quema; nada se mueve. En cierto modo parece que la ciudad entera estuviese aletargada. Pero no es así. Allá, en los arrabales, una extensa planicie se esconde malamente de todas las miradas: es el vertedero. Un desierto gigantesco formado a partir de todo aquello que uno posee pero no quiere, lo que le es inútil, lo que le estorba.

Mientras los rayos del sol todo lo descomponen en olores, riñen los zopilotes por la sombra de una estaca. Por lo demás el lugar parece igual de calmado. Sólo cuatro siluetas, en el fondo de una hondonada de miserias, doblan el espinal en busca de cualquier cosa con un mínimo valor que puedan rescatar de la basura. Son los guajeros, que a miles viven a orillas de las colinas de desperdicios que les dan sustento, y al tiempo los torturan.

De estos pobres desdichados muchos son los que pasarán la noche al raso, cubriendo sus cuerpos tan sólo con plásticos y cartones. Muchos no dormirán siquiera, tratando así de aprovechar las horas que los demás descuidan. Pero algunos pocos, como estos cuatro, no tendrán problemas para pasar la noche porque tienen la mayor suerte que pueda tener un guajero: vivir en El Recuerdo.

A los pies de las montañas de basura, pero de espaldas a ellas, algunos afortunados levantaron hace años con su esfuerzo el último baluarte de la civilización. El poblado de El Recuerdo, escondido tras sus altos muros, se ha convertido en un pequeño remanso de paz dentro de la miseria. Sin drogas, sin alcohol, sin delincuencia. Pobre, pero digno. Vivir en El Recuerdo es lo único que puede ayudarles a olvidar su presente. Todo lo malo de lo que viven se queda cada noche fuera de los muros, y las puertas sólo se abren a lo que se quiere que entre. No hay envidia ni codicia entre los habitantes de El Recuerdo, porque ninguno tiene nada ni aspira a tenerlo. Cada uno vive de lo que encuentra, y vive sólo para seguir viviendo.

Las cuatro figuras, tres mujeres y un niño, caminan entre los desperdicios bajo el sol inmisericorde. Van cubiertos de harapos de las más diversas procedencias: una chaqueta azul raída, unos faldones hechos con los restos de un mantel, una guayabera vieja, un jersey verde de punto sin una manga, zapatillas de deportes desaparejas... La más menuda de las mujeres lleva una gorra de béisbol vuelta del revés y unas gafas de sol se le encabritan sobre la cara.

– No te alejes.

El niño le dirige una mirada con desinterés y se pone sobre la cabeza el mugriento sombrero negro tocado de flores que acaba de encontrar, mete un par de latas y botellas en una bolsa y continúa caminando hacia el borde de la hondonada. Las tres mujeres se alejan entre sí para cubrir mayor espacio. Una quinta figura surge de detrás de un promontorio: es un anciano grisáceo y enjuto al que aún se le adivina el vigor. Camina con parsimonia hacia el niño, que le mira desconfiado.

– Buenas tardes, mi joven caballero. ¿Puede indicarme dónde encontrar

a su mamá?

Con un solo dedo señala el niño hacia las mujeres, y no se da la vuelta hasta que el viejo se ha alejado muchos metros. Prosigue ahora con su actividad mientras suena a sus espaldas la conversación de los mayores.

– Disculpen, señoras. ¿Son ustedes procedentes de El Recuerdo?

– ¿Por qué lo pregunta?

– Verán: ya empieza a caer la tarde; si Dios no lo remedia tendré que volver a pasar la noche a la intemperie, y este lugar ya no es seguro para alguien de mi edad. He oído que han hecho ustedes un barrio que es un auténtico paraíso, pero las puertas se cierran ante quien no conocen. ¿No podrían ustedes permitirme pernoctar en ese pedazo de la Tierra Prometida?

– Nosotros no podemos llevar invitados. Son las reglas.

– ¿Y a quién debo dirigirme para engrosar el número de habitantes de su pequeña urbe?

– Tendrá que hablar con el Padre Zacarías, pero no le dejarán quedarse.

Entre tanto el niño ha encontrado los restos de un filete que el hijo de algún criollo rechazó en la mesa, y trata de extraerlos de su recipiente. Los zopilotes se acercan con curiosidad. Con un trozo de cristal logra el crío rasgar

el plástico que no le dejaba sacar su almuerzo, y lo iba a llevar, orgulloso, a la boca cuando al alzar la cabeza se vio rodeado de carroñeros ahuecando sus plumas negras y estirando sus negros cuellos con avidez.

Rápido se irguió el chaval con la esperanza de que levantaran el vuelo, y llevó el botín a la espalda para esconderlo de los ojos de sus alados competidores. Pero uno de los zopilotes, que el chico no había visto, se le acercó por detrás y le arrebató la carne de un certero picotazo entre los dedos.

Revolotea y grazna la bandada negra en torno al afortunado y se aleja el niño, tras su derrota, con la cabeza gacha.

– ¡Pájaro maldito!

Oscurce. La recua de siluetas se encamina de vuelta a

casa. El aire se tiñe de rojo entre jirones de nubes negras. En la inmensidad del ocaso grazna un ave de rapiña. De cuando en cuando uno de los guajeros para un segundo a recoger el penúltimo hallazgo del día. El pequeño mestizo mordisquea un trozo de pan duro. Su madre se acerca y le toma la mano.

– La basura es plata, y la plata, comida, pero la basura no es comida.

Con cierto fastidio suelta el niño el mendrugo, pensando en su hambre. Como espectros, muchos otros guajeros surgen de entre las sombras y se unen al grupo. Se alarga el cortejo en fila de a uno. Allá en el horizonte unas luces temblorosas indican el camino. El sol ya se ha ocultado. En parte por la oscuridad y en parte para alejarse del sombrío anciano que camina junto a su madre, el pequeño se acerca a un hombre que lleva una antorcha a la cabeza de la comitiva. Llegan voces desde El Recuerdo:

– ¡Apúrense! ¡Vamos a cerrar las puertas!

A unos pocos metros a la izquierda del camino un destello llama la atención del niño. Puede ser cristal. Tal vez la última botella del día. Con el saco tintineante a la espalda se presenta allí en cuatro saltos. De rodillas tanea el suelo con ambas manos. Apenas puede ver nada. La antorcha se encuentra ya muy lejos y deberá darse prisa si no quiere que lo rebasen también los últimos caminantes. Algunas sombras comienzan a moverse furtivas, acechando desde la penumbra. Entre los restos tropieza el dorso de su mano con algo frío. No es una botella, pero tal vez sirva. Lo guarda entre sus ropas y se apresura a volver a la fila justo a tiempo para cruzar las puertas corriendo, antes de que las cierren.

Noche cerrada en El Recuerdo. Los guajeros escogen lo que vale de lo que les dio el día y se preparan para dormir unas pocas horas. El silencio inunda el vertedero, quebrado tan solo por los pasos furtivos de algún roedor. Tumbado sobre lo que fuera el asiento trasero de un coche, el niño está



"La basura es plata, y la plata, comida, pero la basura no es comida."

contando las estrellas. Desde el interior de la casucha llegan los olores de la cena que está preparando su madre. Hacia el lado que puede ver sin moverse la calle principal de la barriada está desierta, pero a su espalda alcanza a oírse una discusión a tres voces: la del padre Zacarías, la del portero y la del anciano que se les unió esta tarde.

– Le digo, padre, que no lo vi entrar entre tanta gente, pero las puertas ya están cerradas. No es costumbre volver a abrirlas pasadas las once.

– Y yo le repito a usted que este señor no puede quedarse aquí. Ni tenemos casa libre en la que alojarle, ni nos queda comida de sobra, ni podemos permitir que este lugar se convierta en un albergue de desamparados. No hay dinero para semejante cosa, así que tendrá que abrirle las puertas y permitir que se vaya.

– Disculpe la interrupción, padre, pero yo no quisiera ser molestia. Ya sé que no tienen casa en la que meterme, pero déjenme un camastro en un rinconcito y yo no les daré más trabajo. Ni siquiera comida me hace falta. Sólo pasar la noche entre estos muros, a resguardo de los peligros que este mundo tiene para un viejo como yo.

– Lo lamento, pero aquí no permitimos a los ancianos morir de hambre por los rincones, así que, sintiéndolo mucho...

– ¡Qué bueno es usted, padrecito! ¡Cómo se nota que es un siervo de Dios! Ya sabía yo que su caridad cristiana no se lo permitiría. Pero no le dejaré que me ceda su cama y su comida. No puedo consentir que pase usted hambre por mí. Con aquel sillón donde está el crío, metido en su casa, padre, me bastará para dormir. Y en cuanto a la cena... la compartiremos al menos.

– Pero yo...

El portero estruja su gorra, emocionado:

– Don Zacarías, es usted un santo.

– ¡Cállese, Pedro!

Los tres fantoches emprenden juntos el camino sin mirarse, sombras entre las sombras, rompiendo el silencio con sus pasos. Entretanto el niño atiende más a los sonidos procedentes del interior de su chamizo, pensando en el plato que le espera en breve a la mesa, y dibuja mentalmente constelaciones celestes poniéndoles después nombres inventados. Con la mayor de sus sonrisas fingidas, el cura español se dispone a hablarle tapándole la luz de las estrellas.

– ¿Cómo te llamas, jovencito?

No obtiene respuesta.

– Verás: este anciano señor no tiene la suerte que tienes tú de tener una cama en la que dormir. Y no queremos que duerma en el suelo. ¿Verdad que le dejas que se lleve este asiento por una noche? Mañana se irá y te lo devolverá. ¿Verdad que se lo dejas? Sin cambiar el gesto el niño niega con la cabeza y sigue mirando al cielo. El cura se yergue con gesto preocupado. Su cara, tan blanca que parece que nunca le haya dado el sol, refleja la luz de un candil cercano resaltando aún más, si cabe, ante el negro “ala de cuervo” de sus ropas.

– Mira, ese egoísmo no es de buen cristiano. Tienes que compartir lo que tienes con los menos afortunados que tú. Tienes que anteponer la caridad a los deseos. Si sigues comportándote así irás al infierno. Y tú no quieres ir al infierno, ¿verdad? ¿Quieres ir al cielo? Pues danos ahora mismo este sillón.

Los tres permanecen expectantes durante el breve impás en que el niño reflexiona, para después repetir su negativa y estirarse hacia la izquierda en busca de la parte de cielo que le tapa la cabeza del cura.

Viendo peligrar su propia cama, pierde los nervios el sacerdote, agarra al crío por los brazos y lo zarandea en el aire:

– ¡Te digo que nos des este trasto!

Por las sacudidas sale despedido de entre las ropas del pequeño un objeto brillante que cae a los pies del portero. Los tres hombres quedan inmóviles mirando al suelo sin creerse lo que ven: ¡Un reloj de oro! En ese momento la madre del chico sale de la casa para llamarlo a la mesa y se encuentra con tres personajes siniestros rodeando a su hijo, que oscila en el aire entre quejidos, sujeto por los brazos por uno de los tres individuos... ¡que es el

párroco del poblado!

– ¡Padre!

Sobresaltado por el grito, el cura suelta al niño de golpe y trata de dar explicaciones a su madre. Los otros dos no salen de su asombro, mirando con ojos de codicia los brillos que despide el reloj desde el suelo, incluso con tan poca luz. Ni siquiera aciertan a reaccionar cuando el niño lo recoge y lo guarda en un bolsillo mientras sale corriendo hacia detrás de su madre.

El párroco, hasta ahora incapaz de articular palabra, comienza a sobreponerse a la confusión:

– Lo lamento, señora. Perdí los nervios tratando de realizar una buena obra. Tratábamos de convencer a su hijo de que nos cediera este asiento para que

este caballero pueda pasar en él la noche.

Con sequedad, la madre les da la espalda:

– Llévenselo.

Caminan los tres personajes acarreando el viejo asiento de coche, como tres hormigas cargando un gran trozo de pan. La noche se ha vuelto oscura y espesa. Nubes negras han tapado las estrellas. Algún pájaro funesto grazna desde las tinieblas. Resoplan las hormigas bajo el peso del mendrugo.

– ¿Vieron el reloj?

– ¡Pues claro que lo vimos!

– ¿Era de oro?

– Eso me pareció a mí.

– Podríamos abandonar esto con ese oro. Podríamos vivir en la ciudad.

– A ese niño y su madre sólo les traerá problemas.

– ¿Queda muy lejos su casa, Don Zacarías?

– Ya no mucho.

– ¡Qué destellos daba el condenado!

– Era bueno, seguro que era bueno.

A trompicones entran el mueble destartado en una casa grande cubierta de estuco, y se quedan en el umbral, mirándose como tres idiotas.

– ¿Y si volvemos?

– ¿Con qué motivo?

– Yo creo que debería usted disculparse.

Con la mente inundada de reflejos brillantes y deseos irreprimibles vuelve la tríada sobre sus pasos como una sola voluntad que rigiera sobre tres cuerpos. El portero medita en voz alta frases dirigidas a nadie que quiere que todos oigan: – Esa mujer y su niño no sabrán que hacer con el oro.

El viento aúlla entre las casas.

– Si alguien se entera de que lo tienen podrían ser objeto de envidias.

La sombra negra de un gato cruza de lado a lado la calle principal.

– Nosotros podríamos ahorrarles muchos problemas.

Al fin, después de tanto tiempo, el anciano se atreve a hacer la pregunta que los tres llevan pensando desde el primer momento:

– ¿Cómo lo hacemos?

– Pues... podríamos decirles que lo estamos buscando.

– ¡No sea usted ingenuo, Pedro!

– No, escúchenme. Le diremos que es de Don Zacarías.

– Yo nunca he tenido un reloj de oro.

– Pero eso ella no lo sabe, y créame, a ella le parecerá la respuesta más lógica. ¿De dónde puede haberlo sacado su hijo? ¿Cómo iba a haberlo encontrado por aquí? Al fin y al cabo es usted un sacerdote. Pensará que se le cayó mientras sacudía a su hijo y que el chico lo tomó del suelo. El chico aún no se lo había enseñado antes, porque ella lo habría escondido. Aceptará inmediatamente que nos lo llevemos por miedo a que digamos que fue un robo. No quiere quedarse fuera de El Recuerdo. Luego lo llevaremos a la ciudad y nos repartiremos lo que nos den por él, y cada uno...

– ¡Silencio! Estamos llegando.

Doblan una esquina y se encuentran de nuevo ante la casa. A la puerta, la madre, que les ha sentido llegar, levanta una luz para ver sus caras.

– ¿Qué quieren ustedes acá otra vez?

El cura se pasa una mano por la calva y da un paso hacia adelante preparando su discurso. La luz de la lamparilla proyecta unas sombras en las



cuenas de sus ojos que le dan el aspecto de una calavera burlesca.
 – Señora, venía a disculparme por mi comportamiento de hace un rato. Comprenderá usted que mi intención era...
 – Está usted disculpado. ¿Venían a algo más?
 – Pues... sí, buscábamos un reloj que se me debe haber caído en...
 – En esta casa no lo encontrará, pero si yo lo encuentro se lo llevaré a la Iglesia. Buenas noches.

La mujer, sin disimular su irritación, da la charla por terminada y corre la cortinilla que le sirve de puerta. El calaverón eclesiástico apenas si puede balbucir cuatro incoherencias mientras piensa qué es lo que ha fallado. Pero el portero y el anciano no están dispuestos a dejar escapar el reloj por no reaccionar a tiempo y se abalanzan hacia el interior de la casa. Desde la calle el párroco escucha las voces que llegan de dentro.

– ¡Y el niño! ¡Déjenos ver al niño! ¡Tal vez él sepa dónde se encuentra!
 – Está acostado.
 – ¡Llámelo para que lo veamos!

Las voces suenan ahora más tenues desde el cuartito del fondo.

– ¡Déjenlo! ¡Déjenlo en paz!

Se oye un fuerte golpe y la voz de la madre deja de oírse. Al poco sale Pedro, el portero, con el crío debatiéndose entre sus brazos, seguido por el anciano.

– ¿Qué ha pasado?
 – Tranquilo, sólo está inconsciente; cuando despierte nosotros ya estaremos lejos.
 – ¿Encontrasteis el oro?
 – No, aún no. El crío lo llevará encima.

El chico se resiste mientras cuatro manos lo registran con ansiedad. El portero lo mantiene sujeto, y de paso le tapa la boca para evitar que grite y despierte a todo el poblado. Con la manaza cubriéndole media cara, el niño se debate y patalea. No logra desasirse. Intenta aflojar los dedos con sus manos. No tiene fuerzas. Bajo el enorme abrazo va cediendo poco a poco la intensidad de la lucha, hasta que al fin queda inmóvil. El portero lo deja caer, y ya en el suelo tantea sus ropas con más detenimiento y extrae el preciado objeto. El anciano acerca un candil para verlo a la luz.

– No respira. ¡Está muerto!

El portero mestizo se da la vuelta y echa a correr por las callejas de El Recuerdo. No cargará él solo con las culpas. Detrás, a poca distancia, le sigue el anciano empleando todas sus fuerzas en recuperar el tesoro que aquél se lleva. El portero sabe que no hay salida en la dirección que ha tomado, pero ya no puede remediarlo: tendrá que saltar el muro. No está pensado para que nadie salga, sino para que nadie entre, y desde este lado la altura es menor. Al escalarlo, los cristales de que está armado en su parte superior se le clavan en la palma de la mano, mientras en la otra sujeta con fuerza el oro que le abrirá una nueva vida. Ya en lo alto de la muralla piensa en saltar al otro lado, pero la altura es mayor. Se mataría en la caída. A su espalda, el viejo sombrío, con las manos ensangrentadas, termina de encaramarse a las defensas del poblado.

– No creas que te quedarás el reloj para ti solo.

El portero esboza una media sonrisa.

– Al tenerlo en mis manos se me ha olvidado la intención de compartirlo.

Ambos se funden en una lucha de intensidad inhumana en la que el anciano, por su edad y su menor fuerza, tiene todas las de perder. Pero la codicia puede mucho, y en ninguno de los dos es pequeña, así que termina siendo el capricho de la suerte lo que decide el combate. Una ligera pérdida de equilibrio y el portero cae al vacío por fuera del muro. El anciano, agotado por el esfuerzo, se arrodilla en lo alto con el reloj asido fuertemente. Abajo surgen sombras de sombras que pronto rodean el cadáver y comienzan a hacer botín de cuanto hay en él de valor: botas, camisa, alguna moneda suelta... y se oye también el suave tintineo de las llaves. Pero el viejo no se ocupa ahora de pensar qué significa ese sonido, ni a qué puedan dedicarse las siluetas furtivas de más allá de El Recuerdo. Tan sólo baja del

muro y trata de recuperar el aliento. Tras unos segundos emprende la marcha hacia la cercana Puerta Norte por la que entrara hace pocas horas. Sangrando por las manos y por la boca, asfixiado, con una sola sandalia y con la planta del pie herida, su caminar no es muy rápido, pero tiene que huir antes de que el cura lo encuentre. Al cabo de unos pocos cientos de metros la puerta ya puede verse. Es un portón metálico de gran tamaño imposible de forzar. Ya a poca distancia, y mientras piensa cómo abrirlo, empieza a oír del otro lado unos ruidos extraños y unas voces, y al fin el sonido de una llave entrando en su cerradura y girando lentamente. Las sombras, los marginados, los proscritos, los más míseros de entre la miseria, se han reunido

a las puertas de El Recuerdo para repartirse la migajas que allí puedan encontrar.

De nuevo emprende el anciano una carrera desenfrenada con la esperanza de poder cruzar a tiempo el poblado entero por la calle principal y llegar a la Puerta Sur. Tras él las puertas se han abierto y comienzan a entrar a borbotones todos los que hasta ahora incluso de El Recuerdo estaban excluidos.

Ante la casa del niño contempla el viejo el cadáver que la avaricia ha dejado en medio de la calle, y al volver la vista de nuevo al frente surge ante él la figura del párroco, plantado en el centro de la única vía de

huida, con las piernas separadas, encrespados los cuatro pelos sobre cada oreja y los ojos encendidos de cólera. Rompe el cura la cadena de la que colgaba en su pecho un crucifijo y lo levanta a la vista del anciano.

– Me toma usted por vampiro, padrecito – dice el viejo con una mueca de momia en su cara imitando una sonrisa, al tiempo que se lanza contra el cura. Éste, apretando con un dedo el Cristo, hace salir de su interior una hoja afilada, hasta entonces oculta, y la hunde en el cuerpo de su adversario. El sacerdote se arrodilla ante los estertores del agonizante viejo, y mientras le da la Absolución trata de abrir la mano en la que sostiene el reloj, ayudándose con la punta del crucifijo. Suena la campana de la torre de la iglesia. A su alrededor los habitantes de El Recuerdo huyen tratando de salvar sus vidas. Los proscritos saquean el poblado. El fuego convierte en cenizas el fruto de tanto esfuerzo. Rodeado de asaltantes, el párroco trata de arrastrar el cadáver del anciano, defendiendo a cuchilladas el oro que el muerto no quiere soltar. Contempla cómo arde la casucha en la que está inconsciente la madre del crío. Intenta inútilmente llegar hasta la Puerta Sur. Lloro de impotencia por no poder conservar lo que casi había obtenido, y lo último que ve es el filo de la

hoja de un machete.

Es mediodía en los arrabales de la ciudad criolla. El país se prepara para el almuerzo y la siesta sin prestar atención a los últimos rastros de humo de lo que fue un poblado marginal de los guajeros. Los zopilotes danzan en el aire con parsimonia y graznan saludando a la nueva época de abundancia. Abajo, los dos últimos saqueadores salen de las murallas caminando lentamente bajo el sol abrasador:

– ¿Qué es eso que llevas?

– Botín de anoche: un reloj.

– A verlo.

– Toma.

– Oye, ¿son de veras las cinco?

– No, es que no funciona. Estoy tratando de ponerlo en marcha, pero debí de recibir algún golpe.

– Al menos es de buen metal.

– ¿Bueno? ¡Qué dices! Es sólo una imitación, una baratija. Anoche a mí también me pareció de oro con la poca luz y la avaricia del saqueo, pero no vale ni el esfuerzo de llevarlo en la bolsa.

– Pues ya sabes dónde está aquí la papelera ¿no?

Cruzan los asaltantes una mirada de complicidad y arroja uno de ellos lejos de sí el reloj funesto, que cae entre plásticos y cristales, trapos y otros desechos; entre aquello que todo el mundo tiene pero nadie quiere tener. Sólo un desperdicio más del vertedero.



"Me toma usted por vampiro, padrecito"

EL CREADOR

Un relato de Alejandro ROMERO NIETO



Cuando hablo con la gente me suele decir que nosotros tenemos mucha suerte porque, como no podemos sentir frío ni calor, no sudamos ni se nos congelan las orejas. Yo no sé hasta qué punto eso es una ventaja, porque en ocasiones me gustaría sentir algo distinto al deslizarse del agua por entre mis entrañas de aleación, cada vez que, cuando llueve, se filtra por algún resquicio mal soldado de mi cuerpo.

Lo bueno de los androides asesinos es que no tienen sentimientos. O al menos eso es lo que les dicen a nuestros compradores cuando acuden a los almacenes o ven en algún lugar de la ciudad un anuncio de la compañía. Es nuestro eslogan. Nuestro credo.

Me gustaría sentir lo que la pareja sentada a mi izquierda. Conocer, como ellos, el sabor de los besos y de las caricias. Parecerme a ese joven larguirucho vestido de futbolista que acaba de entrar y que masca chicle sin descanso. ¿Será frío o caliente el sudor? ¿A qué sabrán los chicles? Yo suelo mascarlos a veces, pero desconozco su sabor.

Juan Carlos Rodríguez Paz. Así es como se llama mi última víctima de hoy. Es un hombre moreno, de unos cuarenta y tantos, informático de poca monta, sin mujer ni hijos y con unos graves problemas de ludopatía. Le debe dinero a un tipo, por eso tengo que matarle. Eso sí, después de haberle amenazado, como me solicitó mi amo, para darle pie a una posible redención que le permita vivir un día más. Son curiosas las actitudes de los humanos. ¿Por qué un recurso a la salvación? ¿Por qué no un simple disparo?

Siempre se nos ha dado una imagen equivocada de los androides. La ciencia ficción, tanto en el cine como en la literatura, se ha encargado de manera constante de pintarlos a bordo de exóticos vehículos ultramodernos, fruto de la más avanzada tecnología aerodinámica y de la más poderosa imaginación. Los ha convertido en héroes románticos, forajidos intrépidos a lomos de caballos de aluminio. Pero todo esto no son más que creaciones ficticias.

Porque la realidad, en verdad, es otra. La realidad nos descubre que HK-24 viaja en autobús, como si de un ciudadano más se tratase. Él es consciente de que dentro de este habitáculo de metal puede haber muchos otros de su especie: androides domésticos, encargados de hacer la compra y barrer la casa; androides niñera, quienes recogen a los críos de la escuela; androides manufactureros, que realizan los trabajos más ingratos, aquellos que el ser humano ya no quiere realizar. Incluso hasta pudiera haber algún que otro androide asesino, como él, los más caros de la colección, la insignia de la compañía. No me extrañaría lo más mínimo que el autobusero también fuese un ciborg, ya que OCIM es famosa por sus androides conductores. Hace poco incluso hasta ha anunciado la inminente salida al mercado de androides artistas. Dentro de unos cuantos meses será posible leer libros escritos por máquinas.

La ciencia ficción también nos ha descrito sociedades en las que la convi-

encia entre prototipos biomecánicos inteligentes y seres orgánicos es, como mínimo, peligrosa. No se nos ha podido contar nada más falso. Hoy en día robots y humanos viven en armonía, sin tensiones, cada uno con sus objetivos y sus ambiciones: los unos, realizar las tareas que los otros no quieren realizar, bien por su peligrosidad, bien por su agobiante rutina; los otros, implementar a los primeros para que realicen estas tareas de la forma más eficaz posible. Así se crea un círculo armónico que va haciendo crecer la sociedad imparablemente. Los estados salen adelante gracias a los androides de OCIM. Los humanos, mientras tanto, se multiplican a marchas forzadas.

Estamos subiendo la avenida. Muy pronto llegaré a mi destino. Si el ordenador central no me falla, exactamente en 15 minutos 36 segundos.

La pareja de mi izquierda se bajó en la anterior parada, la de la plaza, justo enfrente de los grandes almacenes. Miro por la transparente luna del autobús. Todo lo que veo me parece artificial, aunque sé que hay muchos humanos ahí afuera.

Yo no puedo quejarme de nuestros amos orgánicos, porque a mí siempre me han tratado bien: nunca me han reemplazado por otro cuando han tenido la oportunidad, y bien que han podido, como les ha sucedido a muchos congéneres míos, cuyo destino inexorable han sido los pestilentes descampados de desguace que OCIM tiene en la periferia. Muchos de mis hermanos los odian, los llaman despectivamente los seres que copulan. Pero yo creo que les necesitamos, al igual que ellos nos necesitan a nosotros. No; no me gustaría que desaparecieran.

Si tuviera sentimientos, juro que lloraría. Lo bueno de los androides asesinos es que no tenemos sentimientos.

Si no me equivoco, ese de allí es el anuncio de la nueva máquina que la compañía sacará el mes que viene. Llevaban años trabajando en el modelo artista, y veo que al fin lo han conseguido. Lo cierto es que ha salido muy favorecido en la foto. Por sus facciones, parece casi orgánico.

¡Caray!

Aunque es sabido que todas estas cosas se retocan para que el producto sea más atractivo a ojos del comprador.

Aún me he de hacer a la idea de que tendremos un nuevo miembro en la familia. Ojalá yo fuese como él y pudiera crear cosas con mis propias manos. Pero sólo soy capaz de destruirlas, sólo valgo para matar. Tal vez esto no sea tan malo al fin y al cabo. Tal vez sea una virtud, un don que mis hacedores me han proporcionado y que me hace distinto del resto. Genuino. Quizás por ello sea poderoso. Yo lo quiero pensar así.

Es aquí.

A mi izquierda, donde antes había una pareja de humanos, hay ahora sentado un chaval jugando con una videoconsola de esas de bolsillo. No es uno de los míos. Nosotros nacemos siendo ya adultos. Sonríe, desliza con frenesí

sus manitas sobre los botones del aparato. Tiene una expresión de extraña vitalidad.

Desearía sentir cosas para poder contarlas. Lo malo de los androides asesinos es que no tenemos sentimientos.

Las criaturas creadas por los técnicos de OCIM son tan reales que hasta sangran. Algunas incluso poseen la capacidad de expeler fluidos desde el interior de su cuerpo. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con los populares androides de compañía, obedientes máquinas dispuestas a satisfacer los deseos más lúbricos de los clientes más exigentes. Se pueden comprar en las múltiples tiendas que recorren la ciudad o alquilar en cualquier club de los bajos fondos. Y no hacen distinción de sexos: bien son exuberantes señoritas, bien elegantes y fornidos caballeros. Son capaces de hacer cosas a las que muchos humanos se niegan. Por eso tienen tanto éxito entre la población.

La sumisa y complaciente Fran era una de ellas. Nunca decía que no, nunca se cansaba. En su base de datos estaban contenidas más de cincuenta mil posturas diferentes, así como millones de estrategias con las que volver loco a cualquier humano. Sus movimientos eran los de una profesional, casi parecía una mujer de verdad. Juan Carlos ni se enteró de que se estaba corriendo dentro de un ordenador.

Sonó la puerta. Salió de Fran, la apagó, se puso el albornoz y saltó de la cama. Mientras arrastraba sus pantuflas por el pasillo, maldijo al que había apretado el timbre en aquella hora. Dio las cuatro vueltas de llave y abrió. El sonido de los goznes le pareció el de cuatro disparos en el pecho. Lo que vio en el rellano aquella noche le llenó de angustia y miedo.

Seamos realistas. Reconozcamos que los ingenieros de OCIM se superan a sí mismos día tras día. Sus creaciones son cada vez más perfectas y realistas. Cuando los agentes entraron en el piso del señor Rodríguez fueron incapaces de distinguir qué sesos eran los auténticos y cuáles los fabricados en un laboratorio.

Vieron a Fran extendida en la cama, completamente desnuda, apetecible por completo. Debajo de ella, una sábana azulada salpicada de gotitas rojas. Tenía las piernas abiertas y el pelo revuelto. No se movía. Los de la científica comprobaron que aún había semen en su entrepierna.

Encontraron dos cuerpos ensangrentados. Uno con una pistola, el más alto, de medio lado y junto la cama. El otro dentro de un albornoz, boca-bajo. Tenía las piernas en la habitación y el torso en el pasillo. Ambos con disparos en la cabeza, de los que nacían dos opacos charcos granates que se terminaban haciendo uno cerca de una de las esquinas.

La policía no tenía dudas al respecto: se trataba de una orgía que había acabado como el rosario de la aurora. Seguramente hubiera alcohol y drogas duras de por medio y probablemente uno de esos robots de compañía tan populares. Ni siquiera se dieron cuenta del rombo tatuado en la muñeca que exhibía uno de los cadáveres. Un rombo de color rosa, lema de una famosa compañía de biorganismos informatizados.

No creo que los vecinos hayan oído el disparo, no me gustaría montar un cisco innecesario. De todos modos, cuando llegue a casa, tengo que limpiar la pistola.

La verdad es que ha sido fácil. No me esperaba que mi objetivo se derrumbase tan pronto. Imaginaba que tendría más aprecio por su vida y que me suplicaría durante un rato, de rodillas y lloroso, que no lo matara. Pero nada más verme se imaginó cuál iba a ser su destino. Ni siquiera me hizo falta amenazarle. Esperó el disparo con una serenidad horripilante.

Y se lo agradezco de veras. Le agradezco al señor Rodríguez que no montase una escena que únicamente serviría para aumentar su angustia y hacerme perder tiempo. Sólo dispongo de tres horas antes de que mi núcleo de cognición se descargue por completo y no es conveniente que las misiones se dilaten sin sentido. Por suerte, es el último del día.

Aunque me pregunto qué le habrá impulsado a actuar así no me ha dado lástima su ingenuidad. Mis programadores me implantaron un núcleo de mando lo suficientemente potente como para no sentir nada, porque cuando uno siente algo entonces empatiza con el otro. Es lo bueno de nosotros, los androides asesinos: que no tenemos sentimientos. Cuando uno entra en la rutina, todo le resulta ordinario. Incluso piensa que acabar con un ser humano es contribuir a la estabilidad demográfica.



Entró en el lavabo aún sin guardar la pistola. La dejó sobre el inodoro y se lavó las manos con agua caliente, para ver si podía sacarse las gotas de sangre reseca. A pesar de que el líquido echaba humo, no sintió nada. No necesitaba sentir nada. Eso lo tuvieron muy en cuenta los hombres que lo fabricaron.

Salió de la sala y se dirigió hacia la entrada para contemplar su creación. En el suelo, bocabajo, entre el dormitorio y el pasillo, tal y como se había desplomado, yacía el señor Rodríguez, ejecutando un escorzo sobrenatural, con un torrente granate manando de entre su cabello. La sangre aún no había teñido el suelo y pudo pasar sin problemas al interior del cuarto, donde hacía unos instantes el cuerpo que ahora estaba muerto había logrado tocar a Dios. No le daba asco la escena porque no sentía nada. Era lo bueno que tenían los androides asesinos.

Fijó la vista en el lugar donde su víctima se había arrodillado hacía unos instantes, de espaldas a la pistola, con la nuca reposando en su cañón, consciente de cuál había de ser su destino. Él, que tanto había alabado el progreso, se encontraba ahora a merced de una de esas máquinas cuya creación con tanta fuerza había defendido. Era una paradoja macabra, pero también lo socialmente asumido. Era el progreso sobrepasándole.

Luego la vio a ella. Estaba sobre la cama, toda desnuda, ufana de sus encantos perfectos, semejante a Diana. Era hermosa, de una belleza exultante. No había un solo vello en todo su cuerpo rosáceo, ni siquiera en sus órganos sexuales, aún húmedos por la saliva, que a los ojos de HK resultaban sumamente apetitosos. Parecía una manzana recién caída del árbol.

Guardó el arma en la funda del cinturón. Se subió a la cama y extendió su vigoroso cuerpo junto a Fran. No podía imaginar que semejante belleza fuese artificial. Ni que la hubiese podido crear el mismo ser que lo creó a él, uno como el que yacía en el suelo, ahora inerte. Eran el negro y el blanco y eran fruto de una misma mente.

Acarició su cabeza, de cabello brillante y espumoso. Ella abrió los ojos y le sonrió, con una mirada que le hizo desear sentir remordimientos por el asesinato. Lo malo de los androides

asesinos es que no tienen sentimientos.

El pistolero se asustó cuando percibió cómo se tumbaba sobre él. Como fue apagada de repente, su memoria aún no había sido reseteada y por eso para ella el hombre que tenía al lado seguía siendo su dueño. HK la notó en su plenitud. Notó sus anchas caderas alrededor, sus pechos abundantes bamboleándose delante de su cara, su aroma a lujuria, sus jadeos enigmáticos. Quiso sentir algo, pero no pudo. Su núcleo de memoria se lo impedía.

Mientras Fran terminaba su cometido HK miró a su izquierda, hacia el umbral, donde se encontraba su obra maestra recién nacida. Descubrió que hacía unos minutos, justo antes de que él llamara a la puerta, ese cadáver estaba en el mismo lugar en el que él se encontraba ahora, pero estaba vivo.

***La policía no tenía dudas al respecto:
se trataba de una orgía que había
acabado como el rosario de la aurora.***

Y en medio de la vorágine de la carne comprendió que la capacidad de amar y la de matar tienen un mismo origen.

Levantó la vista hacia delante. El cabello de Fran le tapaba los poderosos ojos verdes. Al rato, aquella mujer artificial se dio la vuelta sobre su eje y colocó sus preciosas nalgas delante del rostro del sicario. Luego se extendió sobre él y continuó con los sensuales movimientos que le dictaba su software, subiendo y bajando, subiendo y bajando. En una de sus contorsiones salvajes, número 24 pudo ver fugazmente su expresión, y fue cuando lo supo. Supo que ella, aunque era como él, realmente no lo era.

Entonces fue cuando reventó.

Pero antes, dejó que Fran terminase su inútil trabajo. Al poco rato, vio cómo un líquido transparente estallaba desde la entrepierna de aquel robot hermoso y cómo todos sus apetezibles músculos se relajaban sobre él, encogiéndose poco a poco, exhaustos por el ejercicio continuado. La inteligencia artificial había obrado un milagro.

Se la quitó de encima con cuidado y la puso boca arriba, sobre la cama. Ya no se movía. Era un armatoste flácido y pesado con extremidades que caían a plomo sobre las sábanas azuladas. Aunque los ingenieros de OCIM habían logrado reproducir perfectamente la respiración humana en todas sus criaturas, ésta ya ni siquiera daba muestras de ello. Era como si su batería se hubiese terminado de pronto. O quizás todo estuviera programado en su núcleo de memoria. Al fin y al cabo, sólo era informática.

Sacó la pistola de la funda y se la puso en la sien. Menos mal que no iba a sentir nada. Los ingenieros de OCIM eran sabios. Habían pensado en todo. Liberó el seguro. Antes de apretar el gatillo volvió a mirar el cuerpo desnudo de la cama. Aun apagada, aquella máquina irradiaba una sensualidad que habría puesto cachondas hasta a las piedras. Menos a él. A él, no. Lo malo de los androides asesinos es que no tienen sentimientos.

La pólvora saltarina que ensucia las manos de un robot que quiere llorar. El plomo ardiente que perfora como una centella microchips de silicio. El líquido rojizo que tiñe el pavimento en un riachuelo que se lleva entre su flujo esperanza.

Nada más.

Lo había conseguido. Había logrado hacer lo que tanto deseaba. Al igual que el nuevo modelo de OCIM, él, un simple asesino, una máquina de malicia y muerte, había logrado crear cosas con sus propias manos. Y lo mejor de todo es que ni siquiera se había inmutado. Lo bueno de los androides asesinos es que no tienen sentimientos.

MI DIFUNTO FAMILIAR

de Romuald Achille MAHOP MA MAHOP

Algunos difuntos tienen no sé qué manía de intentar compaginar la costosa verticalidad de los vivos con la paz horizontal del eterno descanso. Es casi la una de la madrugada y otra vez oigo pasos en el armario. Como ayer, no voy a encender para no asustarle. Puedo entender que el cambio climático se haya extendido hasta los hornos del Sheol. Puedo incluso entender hasta la coquetería de un difunto rebelde que busca estar en la onda por ahí. (Se está probando mi último abrigo de terciopelo. Le oigo sacarlo de la bolsa de plástico). Pero lo que no puedo soportar es ese húmedo besito de agradecimiento que al salir depositará en mi frente, antes de que le pille la madrugada.



DONDE NO CRECEN LOS GIRASOLES

de M^a Ángeles BERNÁRDEZ

Desde mi soledad, en grises horas, acuño estas líneas con trazos de invisibles y cristalinas notas, mientras con la tarde adolecen mis palabras. Me perturba el fiero compás de las voraces aspas del tiempo... Tras del silencio de la enmohecida reja de fundidos goznes donde me hallo, sonoras risas, nebulosos pasos, fluir de otras vidas... inundan con sus cadencias el rojo plumizo de mis fuentes profundas. Caudal que a solas navega queriendo silenciar el mundo, acariciando tan sólo el sonido de una ansiada voz. Pero el mundo nos cerca con clamores de mordaces aires, mientras anhelamos adormecernos sobre un mar de quietud.

No sé cómo desterrar esta punzante algarabía; la sinrazón, cuando subyuga... No sé cómo tornar en risas, las frágiles lágrimas; ser luz de una mirada al liberarse al ángel que en ella habita; aventar nuestras débiles semillas de infinita ternura. Sé por qué, en el azul inmenso del campo donde enraíza el alma, en este tiempo, no germinan espigados girasoles ni sobrevuelan las tornasoladas brisas que hacían crecer los más puros renuevos. Sin ellos, sus dorados corazones se marchitan entre álgidos surcos. A veces, sueñan que alcanzarán el sol de una nueva brisa con el nuevo estío. Quizá sea yo, que sueño oírte pronunciar mi nombre al verte regresar con el nuevo rayo, en la mañana; la esperanza me hace imaginar este horizonte soleado. Tras la invisible reja que corroe mi soledad, me acompañará en la espera, mientras no se quiebren mis sentidos.

Desde mi soledad, en estas horas de magia y de verdad, un imperceptible murmullo me habla de ti, de aquellas dulces horas, de amor y de poesía... Tenso estas líneas como las cuerdas de una cometa de papel entre mis manos: la que he soltar en esta tarde en la que mi otro ser delira y las nubes cercan su pecho. Si dejo mis ojos entreabiertos, te contemplo unguida de vivos colores; entre ellos, tan sólo yo puedo verlo, en mis ojos planea el verde de tus ojos... Más tarde contemplo, sobre la ardiente arena, la abatida cometa y el batir de las olas que me han puesto salobres los labios y han enrojecidos los ojos... Y he de acunar las lágrimas en mi regazo; adormecer tu immaculado latido en mi vientre, acompasar tu corazón en mi corazón... Aunque, ahora, seamos cercados campos de lejanía, sé que volveremos a encontrarnos en aquel bendito vergel donde nos refugiábamos de encendidas tempestades... ¡Cuántas pasaron sin vernos...! ¡Cuántas sin rozarnos...! Al volver, has de traer rayos del sol que llevas dentro si quieres dar vida a este umbrío cuerpo que yace en agónico campo. Porque sin ti, no lograré alcanzar una brizna de luz en la brisa ni un blanco suspiro en la tierra; sólo la negrura sin estrellas que me muestra el infinito...

EL PARECIDO

de Alicia GALLEGO ZARZOSA

El parecido, incluso antes de la progresiva acentuación que ella misma iría llevando a cabo con el tiempo, sin apenas reparar en ello, existía ciertamente. Tal vez no en el rostro, pese a la forma ovalada del perfil, la redondez inocente de la barbilla y el marcado borde exterior de los pómulos. Tal vez no en la frente, que sin duda era igual de alta, igual de ancha y llevaba casi siempre despejada, porque ésta era casi imperceptiblemente más ovalada que aquélla. Tal vez no en la mirada, que, sin embargo, era miope y un tanto achatada, y daba a su rostro una expresión a veces inocente, a veces sencillamente bobalicona. El supuesto parecido inicial se fundamentaba más bien en un cierto recuerdo espumoso, como el que tenemos de una fotografía que hemos visto muchas veces, pero no últimamente. Era a veces un mohín, a veces una mueca, una sonrisa forzada ante una cámara, una cierta disposición de las piernas al sentarse, lo que sacudía la mente de algunos de los que en ese momento estaban con ella con el recuerdo de la otra.

La semejanza en la actitud general estaba recalcada por la forma de su cuerpo. Era innegable que su carne se ajustaba, si no al patrón o modelo que marcaba la otra, sí a la idea general que se tiene de cómo debió de ser ella. No estaba gorda, pero desde luego nadie hubiera dicho de ella que estaba delgada. Tenía los miembros rellenos, la piel elástica y brillante; la carne se apretaba redonda en torno a ella, completándola, vibrando con ella, dándole un aspecto mullido pero tenso, delicado pero firme, goloso, completo. La redondez del trasero y del pecho era definitiva, incuestionable y llamativa; pero también terminaban contundentemente sus brazos torneados, el elástico vientre, las largas piernas. Delante del espejo, al salir de la ducha envuelta en una toalla azul pálido, el agua goteándole y condensándose sobre su piel por la humedad del baño, entrecerraba los ojos para percibirse en el espejo empañado, y ahí, en la intimidad, con la libertad de movimientos y la descompostura que le permitía el sentirse sola, entonces sí, el parecido era extraordinario.

No son estos tiempos, sin embargo, en los que tal similitud se valore más allá de la simple anécdota. De hecho, sólo conociéndola bien y estudiando sus movimientos podía llegar a advertirse ese parecido que, en otras épocas, hace cincuenta años, tantas habían tratado de conseguir. Por otro lado, su largo y ensortijado pelo moreno, los delgados labios y la seriedad desconfiada y casi permanente de las facciones mantenían alejado el recuerdo de la otra tanto como era posible. Ella nunca se había considerado guapa porque carecía de la belleza canónica. Su rostro, demasiado regular, no tenía siquiera el encanto de lo insólito, de lo exótico. Su cuerpo protestaba contra la moda que la obligaba a prendas que no se le adaptaban, y el resultado era un estilo no precisamente antiguo, pero sí corriente, convencional. Nunca había llamado la atención, nunca su corazón se había visto abrasado por el apasionado romance del que creía que había que ser presa para haber vivido de verdad. En ocasiones, su ímpetu amoroso no correspondido (en parte porque no iba dirigido a nadie en concreto) rebotaba al querer salir de ella a raudales y golpeaba su corazón solitario, resecaándolo.

Pero eso fue hasta que la conoció. Nadie de su entorno hubiera sabido explicar cuándo empezó la curiosidad, y menos cuándo terminó ésta y cedió el paso a la admiración, pero lo cierto es que, cuando la admiración se disolvió, dejó su mente preparada para la imitación, abierta pero inconsciente, de ese modelo al que ella físicamente tendía desde antes de conocer su existencia. El caso es que los ademanes, la expresión de la cara, la forma de sentarse y de sonreír, fueron estudiadas y luego calcadas sin mucho esfuerzo, de manera juguetona al principio, inadvertida después. Dada su apariencia, y teniendo todos tan asumida la popular imagen de su predecesora, nadie

percibió sino sutilmente un cambio que, por otro lado, ella hizo gradual. De todas maneras, era la época del principio de su edad adulta, esos años de una vida en que las mujeres empiezan a recibir miradas cada vez más maliciosas que deben aprender a encajar, o ignorar, según prefieran, sin saber apenas aún qué es lo que prefieren.

Desde luego, su nueva forma de ser gustaba a los hombres. Inicialmente no relacionada con quien tanto la estaba influyendo de manera solapada y a través del tiempo, los cambios en su actitud fueron atribuidos a su crecimiento, a su maduración como persona adulta, a una cierta reticencia a abandonar la desenvoltura inocente que acabaría superando. Sin embargo, había algo muy atractivo en aquellas sonrisas espontáneas, en aquella ignorancia de los deseos que provocaba sin querer, en la forma cándida y picante de sortear las alusiones poco limpias con burlas a medias y comentarios sinceramente ingenuos.

Su éxito entre el sexo masculino crecía de manera halagadora pero incontrolada, la admiración que suscitaba empezó a tomar un cariz tan pretendidamente subyugante, que se sentía a menudo como la vencedora a su pesar de una extraña batalla en la que se hubiera visto envuelta, y de donde

no podía resultar sino victoriosa por su apabullante superioridad. Este sentimiento, eufórico al principio, acababa trastornándose y tomaba la forma de una fuerte compasión hacia el oponente vencido sin resistencia. Una gran ternura hacia el ser desvalido, rendido a sus pies sin remedio y para siempre que parecía tener delante, muerto por su amor, un premio al que nunca hubiera soñado optar siquiera, hacía presa de su corazón y la vencía. Porque, ¿cómo negarle a ese hombre un placer tan inocente? Si ella podía hacerle incomparablemente feliz con un gesto tan sencillo, que a ella le costaba tan poco... Y no veía cinismo en ese proceder.

Finalmente usada, engañada por quienes habían realizado con ella un sueño y que volvían a la normalidad como quien no tiene nada más que hacer salvo entregarse a la rutina, reconfortante, a pesar de todo; resolvió rebelarse contra la imagen que se había fabricado, y dar un giro total, un cambio brusco y exagerado, un golpe sobre la mesa, una ruptura definitiva con todo lo que había sido, con todo lo que de ella se esperaba.

Se cortó el pelo en una melena redondeada y se lo tiñó de rubio.

Ni que decir tiene que esta reforma desesperada en su imagen tuvo la respuesta que lógicamente aguardaba su ejecutora.

Pues todo el mundo se le echó encima,

todos cuantos la conocían consideraron que había hecho una locura, que el nuevo peinado la afeaba, la avejentaba, que resultaba anticuado y ridículo. Pero pasada la impresión de los primeros días, había que acabar reconociendo que el corte le sentaba bien, extraordinariamente bien. Incluso, llegó a ser impensable que hubiera llevado el pelo de otra manera, era natural, corriente, le iba a la perfección.

Y el parecido nunca había sido tan estremecedor. Pero ella no lo notaba ya. Sin planteárselo, había borrado de su memoria el recuerdo que todos los demás traían a la mente cuando la veían. Se veía original, atrevida, provocadora, irreverente. Procuraba mostrarse alegre, dicharachera, ingenua y candorosa, pero a veces se ponía seria y participaba de manera inteligente e inquisitiva en la conversación. Entonces, esa actitud era considerada una desafortunada pose. "Pobre, no le queda bien", "Lo intenta, pero no le sale. Ella es de otra manera". Y aquella otra manera, aquella frescura y lozanía, la estaba asfixiando, porque percibía, en las miradas ardientes de los hombres, en los reproches envenenados y displicentes de las mujeres, que se había convertido en un objeto, que su apariencia perfecta, sugerente y excitante era como un pozo donde se había encerrado, que era un personaje vacío tras un continente cegador.

Y como no podía ser de otra forma, como estaba escrito que pasaría, la encontraron una mañana muerta en su habitación. La autopsia registró sobredosis de barbitúricos. La prensa hizo hincapié en que se la había encontrado completamente desnuda.

